

(01006)

## Las pancartas

Cuando don Faustino llegó al instituto (un edificio horrible construido de prisa y corriendo a finales de los 70) se encontró con una pancarta colgada en la verja: **“LLa hestamos en Segunda Dibision!”**. Se frotó los ojos, enrojecidos por no haber podido dormir lo suficiente a causa de las celebraciones nocturno-callejeras por el ascenso del equipo local, y entristecidos por una mala noticia que había recibido al escuchar el informativo matinal en la radio.

Hoy entraba al Centro una hora más tarde del comienzo habitual de las clases. Aunque no era creyente, dio gracias a San Cucufato (patrón de la razón — ironizaba—) por haberle librado de aquella primera hora donde, a buen seguro, los varios cientos de mozalbetes y mozalbetas que allí se reunían para intentar ilustrarse un poco, habrían celebrado por todo lo alto el exitazo de su equipo. Aquel trozo de tela emborronada de negro y de faltas de ortografía era una evidente prueba de ello.  
—¡Felicidades, don Faustino!

Aquella bienvenida procedía de Emilio, el conserje más veterano del instituto, cuyo vozarrón atemorizaba a toda la chiquillería.  
—¡Qué felicidad ni qué niño muerto, Emilio! No he podido dormir en toda la noche tras desvelarme el ruido ensordecedor de unos zánganos disfrazados de hinchas del Rayo de Mospintoles, así que traigo el ego avinagrado y presiento, nada más ver la pancarta de recibimiento, que el día va a ser duro de pelar.  
—Ya sabe, la chavalería disfruta con estas cosas; para los aficionados como yo, que siempre hemos visto fútbol de tercera, es una buena noticia lo del ascenso.  
—¡Si usted lo dice!

Conforme se acercaba al aula de 1º de ESO A, le iban asaltando sensaciones encontradas. Particularmente, le asqueaba el chauvinismo barato y la pérdida del buen juicio por un simple triunfo deportivo pero, por otro lado, no tenía derecho a abusar de su rol profesional para hacer ver a aquellos pardillos disfrazados de adolescentes que la vida no es redonda como un balón sino cuadrada como un dado. Cuando ya estaba cerca de la puerta escuchó el silencio más sepulcral. Aquello no era nada normal... Y así lo pudo comprobar cuando entró.  
—¡Oé, oé, oé, oé, oeeeeé....ooooé....!

Don Faustino echó una rápida ojeada a la clase de la que era tutor. Sus queridos zangolotinos y zangolotinas entonaban el clásico canto deportivo con más seriedad que si estuviesen examinándose de Lengua Española. Hasta Martita, negada genéticamente para darle un atinado puntapié a una pelota, berreaba a grito pelado pero marcial ese himno futbolero inventado por algún chimpancé en noche de botellón. Tapándose los oídos, caminó despacio hacia su mesa y

haciendo gestos de tranquilidad con las palmas de las manos, esperó que aquel orfeón de púberes acabase la cancioneta de marras.

Cinco minutos, cinco. Aquel guirigay duró cinco eternos minutos en los que don Faustino tuvo tiempo de volver a mirar, ahora detenidamente, a todos sus alumnos. Desde Martita la prodigio a Rafa el deportista, pasando por Manuela —experta en “*reality show*” televisuales— y acabando por Sergio, el hijo de la concejal de urbanismo de la ciudad. Aquella clase era un ejemplo casi perfecto de la realidad social que vivía fuera de aquellos muros, en Mospintoles y en España. En aquellos 27 cantores estaba compendiada la amplia marabunta del “homo tecnologicus”, como gustaba de llamar a la especie humana del siglo XXI.

“Señor, señor —se dijo—, ¿qué tendrá el puñetero fútbol que es capaz de unir en una sola voz a estos mocosos tan dispares, al igual que lo hace con sus mayores?”

—¡Profe, hoy estamos muy contentos y felices porque ya somos un equipo de Segunda División!

—Pues menos mal... Pensé que os había tocado la lotería...

—¿Viste el partido ‘Donfaustino’? – le preguntó Toni, un chico de flequillo largo y cerebro corto.

—No, estaba bastante cansado tras preparar los temas de esta semana y me fui a la cama muy pronto. Me enteré de la victoria porque me despertaron unos cohetes a altas horas de la noche. Gente muy preocupada por el bienestar y el sueño ajeno se encargó de festejar su alegría sin pensar que a esas horas había otra gente que necesitaba descansar, o estaba enferma, o lloraba la muerte de su perrito...

La clase soltó una carcajada. Don Faustino era así, un poco rarito (¡claro, tenía ya más de cincuenta años!), pero siempre sabía decir las cosas, hasta las más duras, con un puntito de humor que a los ojos de aquellos adolescentes sonaba a todo un puntazo. Por eso era su profesor preferido y por eso las horas de clase pasaban volando, no como con otros...

—Por cierto, he visto la pancarta de la verja. Espero que no la hayáis escrito vosotros porque entonces tendré que pedir la jubilación anticipada...

—Fueron los burros de 1º B, que parecen salidos de un campo de alfalfa... — replicó velozmente Manuela, para la que todo el mundo era idiota menos ella.

—Pues anda, sal a la pizarra y escribe correctamente la frase de la pancartita de marras.

Y mientras que la aludida cogía la tiza y escribía “***Ya ez tamo hen segunda divixion***”, don Faustino recordó la mala noticia del día. La victoria del Rayo sería todo lo histórica que se quisiera pero él no podía dejar pasar por alto aquel triste suceso de las últimas horas.

—Ya veo, Manoli, que sigues peleada con la ortografía, a pesar de haber ascendido a Segunda. Deberías haberte unido a los que han hecho la pancarta porque juntando tus errores a los suyos, lo mismo habríais escrito correctamente la frase. Pero no te preocupes porque nuestro ídolo Piquito tampoco la habría escrito bien. Doy por perdida la batalla de la ortografía si, a cambio, ganamos la de saber comunicar con precisión lo que queremos decir y, francamente, todo el mundo ha entendido —hasta yo— que el Rayo ya está en Segunda División. Pero no siempre hay buenas noticias, camaradas. Hoy siento tener que daros una mala, para compensar.

—¿Ha descendido a Tercera el Bochinche Club de Fútbol? —preguntó, saltando rauda como una liebre, el hijo de la concejala. Un forofu de armas tomar, como su padre, el señor Matute.

—No, mucho peor. Esta noche ha dejado de existir nuestro buen amigo Eugenio Romerales, el escritor más importante de nuestra ciudad. Sí, el autor de esos libros tan geniales que os han hecho pasar ratos inolvidables: “La mano de goma”, “Historia de una lenteja”, “El policía que no ponía multas” y, sobre todo, “El extraño e insólito caso del hombre al que no le gustaba el fútbol”. ¿Os acordáis?

—Pues descanse en paz —volvió a terciar el tal Sergio, el mismo de antes—. Lo siento por él porque ya no podrá ver al Mospintoles jugar en Segunda...

—Sí, menudo problema se ha llevado al otro barrio el bueno de don Eugenio. ¿Os acordáis cuando lo invité un día a clase?

—¡Divertidísima fue la clase! —terció Margarita, una flor adolescente que apuntaba buenas maneras artísticas (quería ser presentadora de televisión), aunque la expresión oral y escrita se le iba a menudo por los cerros de Úbeda.

—Como homenaje a un hombre cuya vida estuvo dirigida a hacer felices a los demás con sus interesantes libros de historias, os propongo que vayáis en el recreo a la biblioteca y escojáis un libro suyo. En un par de días os lo podéis leer, dedicándole el tiempo que durarían tres partidos de fútbol, y luego comentamos algunas cosas que nos hayan gustado. ¿Qué os parece?

—Profe, tengo una idea muy ideosa...

La que levantó la mano en plan estatua de la libertad neoyorquina fue Natalia, la chica más ingeniosa y guapetona de la clase.

—Digo yo, querido profe, que podríamos hacer una pancarta parecida a la que ha realizado 1º B a cuenta del éxito del Rayo pero homenajeando a don Eugenio. No sé, una frase cariñosa nuestra y una frase ingeniosa suya...

Dicho y hecho. La tutoría de don Faustino empezó una puesta en común buscando las dos frases de rigor. La primera fue sencilla de encontrar usando los tópicos habituales pero en la segunda se emplearon veinte minutos pues nadie se acordaba ya de lo que había leído en los libros de Romerales. Por fin alguien se acordó de algo y hubo acuerdo. La delegada de la clase, Martita, una niña superdotada venida a menos por culpa del pésimo sistema educativo, fue a la Sala de Recursos en busca de pintura, pinceles y una sábana vieja. Mientras que regresaba con los artilugios, don Faustino y su troupe escolar estuvieron

inventándose frases en la pizarra con las palabras “libro” y “pelota”. La preferida por todos fue la siguiente: **“No seas carota: lee un libro y juega a la pelota”**. Y se quedaron tan anchos...

En menos que canta una gallina, o sea, en nada, la clase de 1º de ESO A también tuvo aquel día su correspondiente pancarta. Salieron al patio sin hacer ruido y justo al lado de la de 1º B colocaron la suya, donde podía leerse: **“Que seas feliz en el cielo”**. Y debajo: **“El hombre es el único animal capaz de jugar al fútbol. Fdo: Eugenio Romerales”**.

Cuando la pancarta ya se podía leer desde la acera, cuenta don Faustino que cuatro o cinco señores que pasaban por allí se pararon a mirar aquellas letras en rojo.

—Eugenio Romerales... Oye, ¿quién es ese capullo?

—No sé, chico, será algún piloto famoso...

—Pues a mí me suena que es alguien importante de nuestra ciudad...

—¡Anda ya, enterao! ¡Aquí el único famoso súper conocido es Piquito! ¡Nos ha llevado en volandas a la Segunda División y el año que viene nos subirá a Primera!

“Señor, señor, después de todo —se dijo para sus adentros don Faustino, cuando regresaba al aula con sus alumnos—, el día no está saliendo tan mal como presentía”.